

pecados fuéron el origen de todos sus desastres; que todo quanto les ha sucedido, les habia sido predicho; que ellos abandonáron á Dios antes que Dios los abandonase, y que no fuéron hechos prisioneros con su Dios, como decis los impíos; sino que su mismo Dios los entregó, como desertores de su Ley, á discrecion de sus enemigos.

En quanto al incendio universal, que con el tiempo ha de consumir al mundo, solamente el vulgo puede tenerlo esto por extraño. ¿Qué Filósofo hay que no sepa, que todo lo que ha tenido principio ha de tener fin; y que ha de llegar día, en que sea destruido el cielo juntamente con todos los astros, de que está sembrado?

Despues de haber referido la opinion de los Estóycos, de los Epicuréos y de Platón, acerca del incendio y de la destruccion del mundo; ya ves, continúa Octavio, que vuestros Filósofos dicen lo mismo que nosotros; no porque nosotros hayamos seguido sus huellas, sino porque ellos han tomado de nuestros Profetas estas verdades, aunque las han corrompido, y no nos presentan sino una vana sombra. Lo mismo han hecho algunos Sábios de aquellos, como Pitágoras y Platón, con el dogma de la resurreccion, que nos enseñan en sus escritos; porque pretenden, que las almas despues de la muerte subsisten eternamente, y pasan de continuo á nuevos cuerpos. Y para mas desfigurar la verdad, se han imaginado, que estas almas van á animar los cuer-

pos de las bestias; opinion mas digna de un bufon, que quiere hacer reir, que no de un Filósofo grave.

Pero ¿se le puede dísputar á Dios, que ha criado al hombre, el poder de resucitarlo? No es mucho mas dificil dar el ser á lo que no es, que renovar lo que ya ha sido, despues de su destruccion? Y no digo bien *su destruccion*, porque lo que parece destruido y vuelto á la nada, no lo es efectivamente. Todo cuerpo, ora se resuelva en cenizas y polvo, ora se exhale en vapores y en humo, se desvanece verdaderamente, y es perdido para nosotros; pero los elementos se conservan en toda su entereza, y no los pierde Dios de vista en todas las alteraciones que padecen. Por lo demás, nosotros no creemos, que la costumbre de quemar los cuerpos pueda servir de obstáculo á la resurreccion; pero conservamos el uso de depositarlos en la tierra, como mas antiguo y natural.

Repara, que toda la naturaleza, como para despertar y mantener nuestra fe, nos ofrece por todas partes una imagen de la resurreccion. El sol y todos los astros salen y se ponen cada dia: las flores mueren y renacen todos los años: los árboles, parece, que envejecen, quando se despojan, y que rejuvenecen por el contrario, quando se cubren de hojas: las semillas finalmente se corrompen antes de multiplicar. Pues así los cuerpos despues de la muerte, como los árboles durante el



Invierno, conservan el principio de su futura resurreccion: y así como no se debe esperar que reverdezcan los árboles en invierno, del mismo modo para la resurreccion de los cuerpos debemos esperar á la primavera, esto es, al fin del invierno de esta vida.

No ignoto, que los hombres, por la mayor parte, quando se ven oprimidos de los gritos vengadores de la conciencia, desean ser aniquilados despues de su muerte; pero lo desean mas bien que lo creen; es decir, que quieren primero morir absolutamente y para siempre, que ser conservados para sufrir. La impunidad durante esta vida, la longanimidad de Dios, cuyos juicios son tanto mas justos, quanto son mas tardios, contribuyen á mantenerlos en una illusion, que los lisonjea. Sin embargo, así los Filósofos, como los Poetas les advierten á los malos los suplicios, que les están destinados; y nos hacen una horrible descripcion de aquel torrente de fuego, de aquella laguna Estigia, que con sus infectas aguas da nueve vueltas al rededor del Tártaro....

Los suplicios de los malos no tienen medida ni fin. El fuego, como si estuviera dotado de inteligencia, mantiene sus cuerpos al mismo tiempo que los consume, los devora y los alimenta á un tiempo: semejante al rayo, que mata sin destruir, ó á aquellos volcanes, que siempre arden sin consumirse. Solamente los impíos pueden

negar, que Dios castiga con justicia al injusto y al impío, que no quieren reconocerlo; porque igual es el delito del que desconoce al Señor y Padre comun de todos, que el del que le ofende. Si de la creencia pasamos á la conducta, veréis quanto mas puras que las vuestras son nuestras costumbres, aunque tambien hay entre nosotros algunos Christianos relaxados. Es verdad, que vosotros prohibis los adulterios, pero los cometéis: mas nosotros no tenemos comercio sino con nuestras mugeres propias. Vosotros castigais las acciones criminales; entre nosotros, el pensamiento por sí solo es un crimen: vosotros teméis á los hombres sabedores de vuestros crímenes; nosotros tememos á nuestra conciencia, de la qual no nos podemos apartar un solo instante. Las prisiones están llenas de vuestros criminales; pero no hallaréis en ellas á ningun Christiano, sino es que sea algun confesor de la Fe, ó algun apóstata.

Nadie se ampare del destino, ni le atribuya la causa de sus excesos; porque qualquiera que sean los acontecimientos, el hombre queda siempre en libertad, y su accion es juzgada solamente, no su fortuna, ni su calidad. El destino es nada, la voluntad de Dios decide de todo; porque como ve lo por venir del mismo modo que lo presente, arregla los destinos de cada uno segun sus méritos, que tiene ya previstos. Jamás se castiga al nacimiento, sino al vicio. Esto bas-



ta por ahora en quanto al destino, de que trataré á fondo en otra ocasion.

Se nos acusa de que todos somos pobres: y lejos de avergonzarnos, nos gloriamos de serlo. La frugalidad le da firmeza al valor, al revés del luxo que lo relaxa: sin embargo ¿puede llamarse pobre el que de nada necesita, ni desea los bienes ajenos, y es rico á los ojos de Dios? Un hombre verdaderamente pobre es aquel, que sin embargo de tener mucho, desea mas todavía. Y por fin nadie hasta ahora se ha quedado tan pobre, como lo era al tiempo de su nacimiento.

Los animales viven, no tienen propiedad alguna, cada día encuentran el alimento, que les es conveniente; sin embargo no existen sino para nosotros, que verdaderamente lo poseemos todo, si nada deseamos.

Así como el viagero camina tanto mas gustoso, quanto va menos cargado; del mismo modo en la carrera de la vida, el pobre, libre de cuidados y de embarazos, es mas feliz que el rico agoviado con el peso de las riquezas. Si nosotros creyeramos, que las riquezas pudieran sernos útiles, las pediriamos á Dios, que pues las tiene en su mano, podria concedernos una parte; pero mas queremos despreciar las riquezas, que poseerlas.

Primero apetecemos la inocencia; primero pedimos la paciencia; y preferimos la virtud al luxo y á la prodigalidad. En quanto á las en-

fermedades y á las aflicciones, mayorazgo inseparable de la humanidad, no las tenemos tanto por una pena, quanto por un motivo de combates y victorias. Los trabajos excitan é inflaman el valor: y la adversidad fue siempre la escuela de la virtud. La inaccion entorpece las fuerzas del cuerpo, y del alma. Todos esos ilustres personajes, que nos proponéis por modelo, debieron á la adversidad sus virtudes y su gloria.

No creais, que Dios no pueda, ó no se digné venir en socorro nuestro. Dios es Señor del universo; y ama tiernamente á los suyos; pero hace prueba de nosotros en los trabajos y en los peligros, al modo que se prueba el oro en el fuego. Sondea la voluntad del hombre hasta el último suspiro; nada se le escapa; y nada quedará sin recompensa.

No hay para Dios mejor espectáculo, que ver al Christiano que combate con el dolor, provoca las amenazas y los tormentos, la crueldad de los verdugos, el aparato y los horrores de la muerte, y que defiende su libertad contra los Príncipes y los Emperadores, cede á Dios solo, y muriendo triunfa del Juez, que lo ha condenado; porque aquel, que ha obtenido lo que pretendia, es el vencedor.

¿Qué soldado hay, que no desprecie el peligró, en presencia de su General? A nadie se le premia sin que primero combata. El General, sin embargo, no puede dar sino lo que depende de



sí: puede honrar al valor; pero no puede prolongar la vida un solo instante. Dios jamás abandona en el dolor á su soldado, y este triunfa aun de la muerte. Y así, por mas que el Christiano parezca miserable, no puede serlo en la realidad.

Vosotros ensalzais hasta las nubes á los que han sufrido valerosamente, como, por exemplo, á un Escévola, que por haber querido matar á un Rey, hubiera sido condenado á muerte, á no haberse abrasado su propia mano. ¡Ah! ¿Quántos de nosotros han sido abrasados enteramente, sin que dieran un grito, no obstante que podian salvarse con una sola palabra? Pero yo no debo comparar nuestros Christianos con un Escévola ó un Régulo. Hasta nuestras mugeres y nuestros hijos provocan las cruces, las torturas, las bestias feroces, y los mas espantosos suplicios; y todo lo sufren con una paciencia inalterable, que no puede dexar de ser dón del cielo.

¿No me confesarás, que no hay nadie, que quiera sufrir sin razon, ó que pueda sufrir tan crueles tormentos, sin el socorro divino? Pero quizá os mantiene en la ilusion el espectáculo de tantos infieles, que nadan en la opulencia, se ven colmados de honores, y gozan del poder supremo. ¡Há! Todos esos son elevados para dar mayor caída; son víctimas, que se engordan y se coronan para el sacrificio: pero lejos de pensar en esta espantosa catástrofe, parece que no ocupan los primeros puestos del Estado, sino pa-

ra abusar del poder que les compete, y para satisfacer sus pasiones.

Sin embargo, ¿cómo puede existir la verdadera felicidad sin el conocimiento de Dios? Esa vana sombra de felicidad, semejante á un sueño ligero, se desvanece antes que pueda tocarse.

Demos que seas Rey; no importa; porque por lo menos temes tanto, como eres temido; y por numeroso que sea tu séquito, te hallarás solo en el peligro. Demos que seas rico; pero ¿qué confianza puedes tener en la fortuna? Además de que, unos preparativos tan grandes para el corto viage de la vida, no son socorro, sino embarazo. Te glorías de tu púrpura y de tus fascas: gloria frívola, de que debieras avergonzarte, teniendo el alma manchada. Estás orgulloso con tu nobleza, encareces tus antepasados; pero todos somos iguales por naturaleza, y solamente la virtud nos distingue. Con razon, pues, los Christianos, que no hacen gloria sino de su vida y de sus costumbres, huyen de vuestros placeres y de vuestros espectáculos, porque conocen su origen, su peligro y su corrupcion (a).

Los Christianos, muy diferentes de los Paganos tambien en esta parte, celebran sus funerales con aquella misma modestia, que los caracte-

(a) Pasamos por alto algunas particularidades acerca de los espectáculos y sacrificios de los Paganos, cuyo fondo se halla ya en el Apologético de Tertuliano.



teriza mientras viven. No coronamos á los muertos con flores que se marchitan al instante; porque esperamos de mano de Dios una corona inmarcesible; y ponemos toda nuestra confianza en sus promesas y en su magnificencia. La seguridad que tenemos de que resucitarémos felices, nos hace ya tales desde ahora con la esperanza, ¿qué digo? con la vista de la recompensa, que nos está destinada. ¿Qué podríamos temer?

Por mas que Sócrates, engreído con el testimonio del Oráculo, nos predique que nada sabes por mas que Arcesiláo, Carnéades, Pirrón, y sus secuaces pasen su vida en dudar eternamente; por mas que Simónides difiera siempre su respuesta; los Christianos desprecian el vano orgullo de todos esos Filósofos, que fulminaban eloqüentemete sus propios vicios; y no anuncian, como ellos, la sabiduría con el trage, porque les basta tenerla en el fondo del corazon. Su language es sencillo, pero su vida es sublime.

Es indubitable, que nosotros nos gloriamos de haber hallado lo que los Filósofos buscan siempre, y no pueden encontrar. ¿Qué motivo hay para que seamos ingratos, y nos envidiemos á nosotros mismos nuestra felicidad? Si el Dios verdadero se nos ha dado á conocer, gozemos de este inestimable beneficio, desterramos la disputa, cortemos el paso á la supersticion, purifiquemonos de la impiedad, y conservemos con el mayor cuidado la verdadera Religion.

Aquí finalizó Octavio; y Cecilio y yo quedamos de tal manera admirados, que nos mirabamos uno á otro, sin que pudieramos pronunciar una palabra. De mí sé decir, que no cesaba de admirar, que Octavio, así con la razon, como con la autoridad y los exemplos, hubiese probado una cosa, que se comprehende mas bien que se explica; y que hubiera vencido á nuestros enemigos con sus propias armas, y demostrado, que era tan ventajoso como facil hallar la verdad.

Mientras yo me entregaba enteramente á estos pensamientos, exclamó Cecilio: Yo doy el parabien con toda mi alma á mi amado Octavio; pero me le doy tambien á mí mismo, y no tengo necesidad de aguardar á que el Juez pronuncie. Entrambos hemos vencido; porque tambien á mí se me debe atribuir el honor de la victoria; pues si Octavio es mi vencedor, yo soy vencedor del error. Ya me teneis conforme con vosotros en todo lo que pertenece al fondo de la cuestión: reconozco la Providencia, creo en Dios, y estoy convencido de la verdad de vuestra Religion, que desde este punto es ya la mia. Algunas dificultades particulares, que me quedan, no son de tanta entidad, que me impidan abrir los ojos á la verdad; sin embargo espero que mañana me las destruiréis enteramente, pues por ahora nos lo estorva la noche, que va entrando.

Me huelgo por todos los Christianos, dixé



